



Año I

Montevideo, Setiembre de 1918

Núm. 8

REDACCION

Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi
Montiel Ballesteros



ADMINISTRACION

José López Deschamps
Suscripción mensual \$ 0.50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

ESTÉTICA

Atravesamos actualmente un momento de acefalía en el gobierno de los destinos humanos. No hay una doctrina entronizada, no hay una creencia dominante, no hay una práctica en que todos ajusten su acción y, en este caso en que se debate la conciencia universal, el sentimiento está adormecido a la espera de un nuevo ideal que lo conmueva, escudriñando el cielo para descubrir en él la estrella no encendida todavía que ha de guiarlo al pesebre en que nacerá el nuevo redentor que forzosamente ha de nacer, porque la humanidad necesita siempre de un Dios que la presida, al cual pueda acudir en demanda de auxilio o de consuelo en sus horas de angustia y de tribulación. El hombre, en general, es genuinamente creyente: cuando no adora a una deidad, se prosterna ante un ídolo; cuando no reconoce un dogma, se somete a una superstición; cuando no respeta a la ciencia acata el empirismo; se burla del poder divino y tiembla ante la

influencia del jettatore; duda del médico y se entrega al curandero; se dice ateo y cree en el maléficio del número trece o de determinado día de la semana; cuando se considera más emancipado de todo fanatismo es más esclavo de toda superchería, y siempre es y será el mismo Sísifo empeñado en hacer rodar la piedra de su mísera condición hacia una cumbre solo accesible para los espíritus que pueden seguir la marcha aliviados de preconceptos obstinados y despojados de mezquinas pasiones. ; Y estos son tan pocos! ..

Con las religiones, que son la fuente del sentimiento para las muchedumbres, se han ido las artes, y por esa razón cobran cada día mayor valor las obras que el pasado nos dejó y que no serán equiparadas mientras no surja un nuevo manantial de inspiración. En nuestros días nadie podría pintar una Madona: le resultaría apenas una mujer. Y no es que se haya perdido la tradición narrada y escrita sobre lo que fué la madre de Jesús, sino que ha sido desflorada su virginidad por el análisis filosófico que descarta todos los simbolismos legendarios para llegar al esclarecimiento de la verdad. Se han apagado en el cielo de la fantasía las luces que la iluminaban. Faltan los dioses y las diosas del Olimpo; faltan los santos y las vírgenes y los arcángeles del paraíso celeste. Icaro vuela en monoplano; Santa Cecilia oprime los pedales de una pianola; Moisés escribe las Tablas de la Ley con máquina dactilográfica; la ninfa Eco vaga desesperada al ver robados sus acentos por las ondas trasmisoras de la telefonía sin hilos, y Hércules se ha echado a muerto al saber que un niño con solo apretar el botón de un conmutador eléctrico, desarrolla mucho más poder que el de todas las fuerzas que él empleó para dar cima a los trabajos que le fueron impuestos.

Desvanecida la fábula, destruída la leyenda, aplastado el fanatismo, desenmascarada la superstición, solo le queda al hombre la realidad, y no sabe qué hacer con ella.

Si quiere traducirla en versos, le resultan cojitrancos y disonantes; si pretende cantarla en música, le resulta desacompasada y estridente; si ensaya darle forma en la estatua, le resulta deforme y grosera; si intenta pintarla en el lienzo le resulta abigarrada y vulgar. Ha probado por último fijarla por un procedimiento mecánico para reproducir la poética sonrisa robada del Louvre, y de todas las que se exhiben en la galería coleccionada por «Comedia» no hay una sola que pueda reemplazarla. Es triste decirlo, pero es una gran verdad; falta en el alma de la entera humanidad actual el sentimiento que latía en la de Leonardo de Vinci cuando retrataba a Monna Lisa.

DANIEL MUÑOZ.
